“¡Ojalá rasgaras los cielos y descendieras!”: La vulnerabilidad de Dios

Isaías 64:1-9

David C. Dixon

«*¡Ojalá rasgaras los cielos y descendieras!*» Con estas palabras clamaba Isaías a Dios (Is. 64:1). Históricamente, numerosas culturas y leyendas han profesado un anhelo similar de que Dios entrara en escena – el corazón humano era caldo de cultivo para algo que Dios mismo deseaba hacer: convertirse en uno de nosotros por amor, encarnándose a sí mismo en nuestra raza humana, y formar parte de nuestra historia. Pero a la humanidad nunca se le hubiera ocurrido la posibilidad de la encarnación. **C.S. Lewis** lo expresa así: *«De hecho, la realidad suele ser algo que no hubieras podido imaginar. Esa es una de las razones por las que creo en el cristianismo. Es una religión que no hubieras podido idear. Si nos hubiera ofrecido el tipo de universo que siempre nos imaginábamos, me habría parecido fantasía. Pero el hecho es que es algo que nadie habría podido inventar. Posee esa característica inesperada que es propia de las cosas reales. Así pues, dejemos atrás las filosofías infantiles, las respuestas simplistas. El problema no es simple y la solución no va a ser simple tampoco.»* ¡Buen consejo! Los griegos, con toda su poesía, su teatro, su filosofía y su academia, nunca imaginaron la posibilidad de la encarnación. Zeus nunca asumió naturaleza humana, solo la apariencia para disfrazarse y seducir a alguna joven que le parecía atractiva. ¿Hay alguien que defienda la historicidad de la mitología griega? Las historias griegas tenían que ver con el antropomorfismo o con la apoteosis [dioses que tomaban forma humana, o humanos que eran elevados a la condición de dioses], ¡pero nunca trataron la encarnación! Por otro lado, a menudo los evangelios han sido considerados como ejemplos clásicos de las biografías greco-romanas; los autores *querían* que los lectores creyeran en la veracidad de todos los hechos documentados porque ellos habían sido testigos presenciales e investigadores de primera mano.

Existen varios textos en el Antiguo Testamento que reflejan este **antiguo anhelo** (que en la Biblia básicamente equivale a una promesa de Dios): el anhelo de que Dios comparezca en nuestro entorno terrenal, en nuestras situaciones personales. ¿Te acuerdas de **Job**? La congoja que le produjeron todas las pérdidas, el dolor y el sufrimiento que le causaban las pruebas por las que estaba atravesando... hasta tal punto que su único objetivo consistía en tener un encuentro cara a cara con Dios. Necesitaba desesperadamente que Dios le explicara ciertas cosas que él no alcanzaba a comprender. La vida a veces está llena de cosas dolorosas que no parecen tener sentido, y que necesitan más luz, una perspectiva y claridad que solo pueden venir de más allá de este mundo, que tiene tantas injusticias que

parecen no tener solución. En el caso de Job, parecía que predominaba la **teología de la retribución** en la mente de todos: todo se reducía a puras matemáticas, legalismo y moralismo farisaico. Pero Job no admitía eso. Estaba sufriendo lo indecible y no alcanzaba a pensar en nada que hubiera hecho para merecer semejante castigo. Necesitaba una **teología del sufrimiento** que apaciguara todas las tragedias y cicatrices infligidas en su alma y le proporcionara un consuelo verdadero. Pero solo cuando Dios realmente entra en escena hay una resolución de todas las tensiones del libro.

Cronológicamente, toca después el rey **David**, que se enfrentaba a numerosos enemigos (sobre todo al Rey Saúl) y otras naciones hostiles a Israel. David anhelaba que compareciera Dios **con poder y vindicación**: en Salmos 18 lo acompañaba de granizos, truenos y relámpagos; en Salmos 144 sugiere montes humeantes, relámpagos y dardos de fuego, para obtener un poderoso rescate y liberación. Algo así es como nos gustaría que obrara Dios en nuestra situación personal: ¡demostraciones espectaculares del favor de Dios! Más adelante le toca el turno a **Isaías**, que retoma la escenificación de David (Is. 64) al pedir la intervención divina: que rasgara los cielos y bajara, derritiendo montes, haciendo temblar las naciones y obrando maravillas para rescatar a su pueblo. ¿No quisiéramos nosotros también algo parecido, así de espectacular? “¡Oh Dios, sácanos de este lío! ¡Rescátanos de este desastre (este examen que no tuve tiempo de preparar – ayúdame a aprobarlo)!” O “¡Rescátame de estas malas personas, de estos sentimientos confusos, de mis deudas y decepciones, de mis míseras condiciones de vida y trabajo, de las continuas separaciones, las esperas interminables (de documentos, personas, trabajo, salud, etc.)”. ¡Cuánto nos gustaría que el poder de Dios estuviera disponible para obrar los cambios que necesitamos en el momento apropiado!

Por eso necesitamos dedicar tiempo en la época navideña a reflexionar sobre **la manera que Dios eligió para hacer su entrada** en nuestro mundo: ¡de una forma tan minúscula y humilde que nadie podría reconocerle como el **Libertador**! El Todopoderoso eligió extender su brazo omnipotente, no como había sugerido David, sino rebajándose a **nuestra vulnerabilidad** y debilidad para poder obrar la liberación revolucionaria que tan desesperadamente necesitábamos, pero que nunca hubiéramos podido imaginar, porque Su objetivo era rescatarnos del poder del pecado (nuestro verdadero problema), del maligno (nuestro verdadero enemigo), y de la muerte (nuestro mayor miedo). Para esta clase de rescate, sabía que tendría que venir ¡Él mismo! Isaías ya lo predijo en más de una ocasión (Is. 35:4, 40:9-10). Dios sabía perfectamente lo que ocurriría si aparecía de una forma tan vulnerable (pero deseaba identificarse totalmente contigo y conmigo, porque sabía cuantísimo necesitábamos un rescate, ¡un verdadero **Libertador**!). Por eso rechazó venir al mundo con escudos y defensas, con barreras, armadura y armas. Al contrario, vino con una absoluta vulnerabilidad, con la misma carne, la misma sangre y la misma composición que nosotros: la *imago Dei* estampada en un alma humana, dispuesto a afrontarnos en nuestro propio territorio y bajo nuestros términos. Sabía que sería una **contienda** decisiva porque el príncipe de este mundo incitaría el corazón de los pecadores a atacar de la forma más vil imaginable al que venía a rescatarnos. **«Este es el heredero»**: las palabras que resonaron entre las filas - **«Vamos a matarlo, y así nos quedaremos con su herencia»**. ¿Os acordáis de la parábola? Así lo entendieron los líderes de entonces y ¡así también los líderes actuales!

Contemplemos la vulnerabilidad de nuestro Dios – con cuánta suavidad partió los cielos por amor a nosotros, rebajándose hasta una pequeña partícula, un feto, un inocente bebé: la Palabra no tenía habla, el Omnipotente estaba impotente, el Omnisciente no sabía el *aleph-beth-gimel* (el alfabeto hebreo), el Omnipresente estaba confinado en un pequeño hueco en un pesebre. ¿Te has parado a pensar alguna vez en lo **vulnerable que se hizo por ti?** ¿A expensas de tus preferencias y tu voluntad? Es lo que hacía en la encarnación. **Juan 3:16** es la expresión clásica de la vulnerabilidad de Dios: de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, el mismísimo Hijo del Hombre que fue entregado en manos de pecadores (Marcos 14:41). Y ¿qué le hicieron los pecadores? Mejor dicho, ¿qué le hicimos? Porque en el fondo de nuestro corazón también nosotros rechazamos su autoridad y su reino. («Solo quería hacerlo a mi manera... todo el mundo lo hace, yo también... era para probar algo diferente, para variar... me cansé de siempre portarme bien ... no sabía que iba en contra de Dios, no quería de ninguna manera quebrantar su ley...»)

La Biblia dice que Jesús fue tentado en todo de la misma manera que nosotros, pero sin pecado; un Maestro y practicante de la gracia y la verdad; un judío galileo inocente condenado por la maquinaria política de su época, la aristocracia judía en conspiración con el máximo poder, que era Roma. Aunque habría podido convocar doce legiones de ángeles para que le defendieran (a lo mejor serían los mismos que aparecieron en la campaña de Judea para anunciar su nacimiento a los pastores), eligió no recurrir a ellos y seguir representando a la perfección la voluntad de su Padre desde un cuerpo humano, es decir, amando a Dios con todo su corazón y a su prójimo como a sí mismo. Y la única forma posible de hacerlo era ofreciendo su vida frente a nuestra rebelión, sometándose a nuestra insubordinación, humillación y brutalidad, muriendo la muerte de esclavos y criminales que nosotros le impusimos, identificándose con los débiles y oprimidos del mundo. En otras palabras, **viviendo plenamente su vulnerabilidad hasta las últimas consecuencias**. La perdurabilidad de su reino tenía que ponerse a prueba frente a las circunstancias terrenales más duras; la pureza de su corazón tenía que superar las pruebas más feroces que le lanzaba el adversario; el vulnerable amor de Dios debía probarse ante todo lo más vil que podía urdir la humanidad: allí en la cruz, la culminación de Belén.

En el evangelio de Mateo Jesús afirma su vulnerabilidad en su mansedumbre cuando nos invita a cargar con su yugo y a aprender de Él: **“yo soy apacible y humilde de corazón”** (Mt. 11:29). Mateo también nos recuerda la profecía del Antiguo Testamento que remarca su docilidad: **“No clamará, ni gritará, ni alzará su voz por las calles. No acabará de romper la caña quebrada, ni apagará la mecha que apenas arde. Con fidelidad hará justicia; no vacilará ni se desanimará hasta implantar la justicia en la tierra. Las costas lejanas esperan su ley”** (Is. 42:2-4, Mt. 12:20). ¿Qué clase de justicia iba a establecer? La reciprocidad de trato justo, tanto en el plano vertical como en el horizontal. ¿Cómo? Apaciblemente, amando a Dios y al prójimo con toda perfección. Ese tipo de justicia no puede imponerse; jamar a Dios y al prójimo tiene que venir de nuestro interior! Dios sabía desde el principio que **la única liberación verdadera tendría que nacer dentro de nosotros**. También sabía que nunca se obraría un verdadero cambio en el corazón humano si se limitaba a imponer Su doctrina. Hacía falta un **reseteo total**, un renacer, una revolución espiritual, que solo se produciría si le invitábamos a gobernar en nuestro corazón como el Camino, la Verdad y la Vida. Naturalmente, significa **adoptar su cruz como estilo de vida**. Así, su vulnerabilidad se convertiría en nuestro modelo de salvación, pues la verdadera liberación no es solo «Dios con nosotros» [Emanuel] y «Dios por nosotros» [*Deus*

pro nobis], sino también **«Dios dentro de nosotros»**, morando y gobernando en nosotros, enseñándonos el camino paso a paso, instruyéndonos en su lenguaje de amor, y guiándonos gentilmente desde dentro de nuestro corazón.

Jonathan Edwards, pastor puritano, dice que la apacibilidad es “el verdadero espíritu cristiano”: **“Todos los que son verdaderamente piadosos y auténticos discípulos de Cristo tienen un espíritu de mansedumbre.”** Necesitamos cultivar ese espíritu. Los apóstoles recordaban con frecuencia a la iglesia primitiva la bondad de Jesús. En 2 Corintios 10:1 dice Pablo: **«Por la ternura y la bondad de Cristo, yo, Pablo, apelo a vosotros personalmente ...»** Con esa misma ternura y bondad, te apelo a que hoy mismo abras la puerta de tu corazón y te hagas vulnerable a su gobierno bondadoso y tierno; deja que sea tu Pastor. ¡Este es el verdadero significado de la Navidad!